

Novela Morábito detalla las sorpresas ocurridas en un cementerio

El amor y la muerte

Fabio Morábito
Emilio, los chistes y la muerte

ANAGRAMA
168 PÁGINAS
16 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Nacido en Alejandría en 1955, Fabio Morábito vivió en Milán hasta los quince años, para luego fijar su residencia en México. Poeta, cuentista y traductor para Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores de la poesía completa de Eugenio Montale, en *Emilio, los chistes y la muerte*, su primera novela, ha incorporado la intensidad de la prosa y la riqueza de sugerencias propias del relato. El hilo argumental es muy delgado pero, pese a la inquietante placidez de la narración, se suceden inesperadas y extrañas situaciones provocadas por no menos extraños personajes.

La acción ocurre casi exclusivamente en el cementerio de una ciudad que no aparece mencionada ni descrita. Del cementerio conocemos su disposición a través del recorrido de unos personajes cuyos nombres no se nos revelarán hasta que alguien los pronuncie. En este sentido, la ausencia del narrador es aparentemente absoluta. Y digo aparentemente porque, en un relato de voyeurs, él es el voyeur por excelencia, este “hipotético espectador” que está contemplando a Eurídice levantándose las faldas, bajándose las bragas, poniéndose en cuclillas para orinar, desplazándose unos metros con las nalgas al aire y “exhibiéndose ante los arbustos”, donde siempre hay alguien al acecho. Novela, pues, erótica por

lo que tiene de voyeurismo, de exhibición, de insinuación, de perversa inocencia, de actos nunca plenamente realizados más allá de la imaginación y de las palabras.

Eurídice visita regularmente el cementerio para depositar un ramillete de flores en la tumba de su hijo Rodolfo, muerto a los once años. El otro visitante es Emilio, un niño recién llegado al barrio, sin amigos, temeroso de quedarse solo y con una memoria prodigiosa que le permite recordar el nombre de todos los difuntos. Nadie puede pronunciar su nombre en el cementerio hasta que encuentre una lápida con alguien que se llame igual que él. De otro modo, podría ocurrirle algo terrible. Lo que podía ocurrirle está insinuado a lo largo de toda la primera parte y es esencial que el lector capte estas insinuaciones, sino la segunda parte, con un registro radicalmente distinto, se leería como una torpeza por parte del narrador. Y en una novela donde los nombres son tan importantes (el secreto y la revelación), Eurídice representa a la hermosa ninfa cuya pérdida lleva al inconsolable Orfeo/Emilio a buscarla a los infiernos.

Erotismo y extrañeza

Es decir, a la placidez erótica de la primera parte le sucede la angustiada búsqueda de la mujer amada por la infernal cisterna. La relación amorosa entre un niño y una mujer madura sólo encuentra su plenitud en la tragedia. Los peligros están anunciados en la primera parte, en la que Eurídice se convierte en el centro en torno al cual gira el resto de los extraños personajes sacados de la normalidad cotidiana: un jardinero, un albañil, un policía y su hijo, un monaguillo o los padres del protagonista. Hasta que de pronto se comprueba una general inestabilidad y se revela que todo carece de sentido, que lo ha carecido, inadvertidamente para nosotros, desde el principio, cautivados por el humor, el delicioso erotismo y la sensación de extrañeza de una novela amena, original y fascinante. |



La acción de la novela transcurre en un enigmático cementerio

GETTY IMAGES

Periodismo Bellmunt (1903-1993) fue autor de excelentes reportajes

Un cóctel de vicio

Domènec de Bellmunt
La Barcelona pecadora
Edición de Francesc Canosa

A CONTRAVENT
194 PÁGINAS
20 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Cuando en 1984 entré como redactor en el diario *Avui* nadie hablaba de las figuras del periodismo catalán de los años treinta. Josep M. Lladó o Joaquim Ventalló colaboraban en sus páginas. En la misma sección que yo, trabajaba un hijo de Sempronio. Una de mis primeras entrevistas fue a Pere Calders y, al cabo de pocas semanas, a Tísner. Sin embargo, la sensación era de una ruptura total y absoluta. Diez años más tarde, en 1995, La Campana recuperó *L'aperitiu* de Josep M. de Sagarra. Valentí Soler reunió los artículos dispersos de Just Cabot y se publicó *Barcelona de nit* de Sebastià Gasch. En el 2001 se rescataron las *Nits de Barcelona* de Josep M. Planes y, dos años después, *La fascinació del periodisme. Cròniques (1930-1936)* de Irene Polo.

A partir de ahí, la situación se ha revertido, hasta el punto de que en la actualidad podríamos hablar de una mitificación de la importancia cultural y social del reportero. Que aflora, por ejemplo, en el epílogo de Francesc Canosa a *La Barcelona pecadora*, cuando dice que *La Veu de Catalunya* fue “la catedral del periodismo català” o cuando se refiere a la “sagrada influencia del cinema” sobre el reportaje novelado. Los escritores de los años treinta, que se burlaban de todo, se troncharían de risa.

La Barcelona pecadora sitúa en primer plano a Domènec de Bellmunt (1903-1993), pionero del reportaje periodístico, autor de un libro sobre la emigración internacional en París (donde vivió refugiado en los años de la dictadura de Primo de Rivera) y de documentales novelados sobre el manicomio de Sant Boi y los bajos fondos de Barcelona, seguidor de la moda del reportaje social, de ribetes sensacionalistas, popularizado por Albert Londres en *Le chemin de Buenos Aires*, el best seller de 1927 sobre las rutas de la prostitución y la trata de blancas. *La Barcelona pecadora* reúne una serie de colaboraciones en los semanarios *Mirador* y *La Rambla* (¿por qué no figuran las referencias bibliográficas al pie?). Artículos de actualidad, que sacan



El barrio chino en 1951

GETTY IMAGES

a la luz aspectos desconocidos de la vida urbana, con una predilección especial por los horrores del distrito quinto. Junto a estampas de costumbres contemporáneas, como el que dedica a un paseo por la Rambla, un par de retratos de tipos curiosos (un carterista profesional que ha montado una academia de cacos –¡buenísimo!– y un tipo que ha creado un procedimiento de numeración universal). *Catalans en terra estranya* es una de las versiones más crudas de un tema recurrente en la prensa catalana de la época: la advertencia sobre los peligros de la inmigración masiva e indiscriminada y la impotencia por la falta de recursos legales para abordarla desde Catalunya. *Dues hores al bar La Tranquil·litat* plantea de manera espléndida el conflicto entre el anarquismo romántico y la acción directa.

El núcleo central está dedicado a los aspectos más sórdidos de la

'La Barcelona pecadora' reúne textos que sacan a la luz los aspectos más sórdidos de la vida urbana

vida de Barcelona y a la necesidad de implantar políticas sociales y sanitarias modernas (frente a la denuncia de los malos tratos que reciben las prostitutas en el hospital de la Magdalena, la entrevista con el doctor Jaume Peyrí, médico director de la Lluita Antivenèria, en 1934). Son reportajes de excelente factura. Se basan generalmente en un testimonio, a modo de entrevista. Reconstruyen la manera de hablar del personaje y, a menudo, incorporan diálogos. Cuando quiere demostrar que en Barcelona se practica la usura utiliza el método de la infiltración (el periodista se hace pasar por un usuario de la casa de empeños y anota todo lo que oye y ve). En otras ocasiones, explota la reputación del reportero, se presenta acompañado de un fotógrafo (el gran Gabriel Cases) y refiere con detalle las circunstancias en las que pudo o no sacar una instantánea.

Mirador convirtió el reportaje en una pieza clave, una manera de aproximar la cultura y la política a la calle. *La Rambla* aspiraba a ser un periódico popular a partir de temas de impacto, deportivos y ciudadanos. Bellmunt combina lo reivindicativo con lo espectacular y la descripción de la Barcelona negra con la idea republicana del buen gobierno, antídoto de las taras sociales. El volumen incluye también una novelita de 1935, *L'àngel bohemí*, que permite reflexionar sobre los límites de la objetividad del periodismo de Bellmunt: el reportero que revela la realidad se encarga de volver a enmascararla bajo las brumas prestigiosas de la literatura a lo Mac Orlan. |

Toni Morrison
Una bendición /
Una bendición
Traducción al
castellano de Jordi
Fibla y al catalán de
Ferran Ràfols y Ernest
Riera

LUMEN /
AMSTERDAM
189 / 204 PÁGINAS
20,90 / 19,95
EUROS



La escritora estadounidense Toni Morrison

EMILIA GUTIÉRREZ

Novela Tras un lustro de silencio, la premio Nobel Toni Morrison hurga con poderío narrativo en una cuestión 'maldita' de la esclavitud en EE.UU.

Esclavos negros, esclavos blancos

ROBERT SALADRIGAS

Hubo un tiempo, a finales del siglo XVII –etapa previa a la fundación de las colonias–, que en la América del norte holandeses, británicos, españoles, franceses y alemanes buscaban oro y explotaban sus tierras fértiles, en tanto que las iglesias campaban a sus anchas. Pero así como los terratenientes se erigían en la primera aristocracia norteamericana tras convertir a indios y negros en esclavos, desde Europa se enviaban allí (con escala en Barbados) a los parias ingleses, escoceses e irlandeses para que se redimieran trabajando como animales. El sometimiento y la miseria unía a los desfavorecidos cualquiera que fuese el color de sus pieles. La segregación racial llegó más tarde, motivada por el temor de los hacendados a que una coalición de los esclavos amenazara su poder. A partir de ahí se identificó la esclavitud con los negros. Pero la cuestión –hasta ahora *maldita*– es que muchos blancos norteamericanos no saben o prefieren no saber que son descendientes de esclavos.

Este es el asunto que convoca en una bella historia de amor, sufrimiento y horror Toni Morrison, nombre literario de Chloe Anthony Wofford (Lorain, Ohio, 1931), en su última novela *Una bendición* (*A mercy*, 2008), tras un lustro de

silencio. Recuérdese que Morrison, Nobel de literatura en 1993 con sólo seis novelas publicadas hasta entonces, es hoy la única gran representante de la cultura negra en la corriente principal de la narrativa norteamericana. Su obra entronca y mantiene vivo el recuerdo de una brillantísima generación de escritores negros, los Richard Wright, Ralph Ellison, Langston Hughes, James Baldwin o LeRoi Jones, comprometidos con los movimientos integracionistas de los años sesenta que luego, asesinados sus líderes Luther King y Malcolm X, pese a su incuestionable calidad literaria fueron absurdamente marginados por el clima de conformismo que anestesió el país tras la derrota en Vietnam.

Mujeres en un mundo de hombres

Por fortuna ahí está el poderío de Toni Morrison, dispuesta como siempre a hurgar en los subsuelos de la historia americana y de la gente de su raza no tanto con afán reivindicativo como de extraer la verdad de tanta mentira legitimada. El personaje central de *Una bendición* es de nuevo una mujer, una muchacha, Florens, esclava que aprendió a leer y escribir, ofrecida por su madre a un comerciante holandés, Jacob Vaart, para evitar que se convirtiera en carnaza de su

amo portugués. Ya en *Beloved* (1987), una esclava liberta mataba a la hija antes de consentir que fuese a su vez esclava como ella. En la plantación de Jacob, Florens se siente bien acogida y se entrega a una pasión salvaje por el herrero –negro emancipado– que hace la forja de la nueva casa del dueño, pero la voz de su madre que suena dentro de ella le advierte que para un esclavo “entregar el dominio de ti mismo a otro es una mala cosa”. El relato es una vigorosa y mordaz invención histórica de tono épico levantada a partir de la oralidad de Florens, la narradora y la madre de Florens; escuchando a las tres mujeres vemos desplegarse las vidas de Jacob, su esposa Rebekka, las esclavas Lina y Dolor, los cautivos blancos Villard y Scully, hombres a los que por lo menos se les permite imaginar un futuro.

No lo hay para las mujeres esclavas, reducidas a objetos de explotación, placer y trapicheos en aquella embrionaria sociedad clasista, dominada por machos rudos. Ni tan sólo tienen la certidumbre de su identidad humana. Florens lo expresa muy bien metafóricamente cuando, repudiada por el herrero, el desespero la lleva a decir: “Tengo un sueño que me sueña a su vez”, y observa aterrada que “donde debería ver mi cara no hay nada”. En ese momento de sutil polifonía narrativa –toda la novela pendula sostenidamente entre lo real y lo onírico– Florens, reconociéndose al fin esclava con las plantas de los pies endurecidas por la brutalidad de la tierra que pisa, se siente por primera vez libre. Y adulta. Nadie más que Toni Morrison con su esplendor estilístico podía componer la música de un relato así, con cadencias de Faulkner y Thelonious Monk, matizado, desgarrador, poderoso, verdadero y emotivo, extraído de su memoria vital en blanco y negro. |